



Unai Elorriaga

Sobre las cinco almas de Francesco Pasquale



UNAI ELORRIAGA

Sobre las cinco almas de Francesco Pasquale

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2025

© Unai Elorriaga, 2025
Según acuerdo con Literarische Agentur
Mertin Inh. Nicole Witt e. K., Frankfurt am
Main, Alemania
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: gama, sl
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona
Depósito legal: B 10781-2025
ISBN: 979-13-87605-23-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Agua en Sapri

Han tirado un cerdo al pozo, dijeron entonces. También dijeron que estaba enfermo, muy enfermo, que no conocían la enfermedad, por eso lo habían tirado allí. Decían que nadie bebiese de aquella agua, que estaba echada a perder, que ya había podrido las tripas a más de uno, a Ruggiero Leone, por ejemplo, a Cesare Merola.

Nadie era capaz de deducir quién había podido sugerir la idea de tirar el cerdo al pozo, para qué, por qué querría nadie de Sapri echar a perder su agua. Intuyeron que no se trataba de nadie del pueblo, que era un cerdo extranjero, de Acquafredda quizá, de Trecchina. Se llegó a decir incluso que lo trajeron desde Salerno, que era una enfermedad desconocida aquí, y que esa podía ser la razón del mal cuerpo de Cesare y Ruggiero. Pero quién decidió traer un cerdo enfermo desde Salerno, desde ese otro mundo, a un pueblo tan pequeño, para tirarlo a un pozo, por qué no lo lanzaron al mar o lo enterraron a las afueras de la ciudad, si tan peligrosa era su enfermedad. Aun así, continuaron aconsejando que nadie bebiera de aquella agua hasta que pudiesen sacar al cerdo, sanear el pozo. Dijeron que tratarían de sacarlo por la noche, no concretaron cuándo ni cómo.

Francesco no tendría más de nueve años cuando vivió todo aquello, los comentarios sobre el cerdo, las advertencias en contra de aquellas aguas, diez años quizá. Pasaba entonces la mayor parte del día fuera de casa, en verano. Todavía no trabajaba con su padre en el taller, como sus hermanos, no tenía

edad. Era aún incapaz de soportar el calor de los hornos, el ahogo, insufrible en verano. Daba gracias al Señor prácticamente a diario, por liberarle del taller, por no condenarlo todavía, como a su padre, como a sus hermanos, como a Salvatore. Intuía que no podría posponerlo mucho más, un año quizá, se lo recordaba su madre, pero por el momento aprovechaba para apenas entrar en casa, para pasar el día con Enrico, con los demás.

Reventaban ranas, caracoles, limacos, quemaban abejas, empezando por las alas, patas, medio cuerpo, cabeza. Metieron a un gato en un saco de carbón una de las veces, lo golpearon después contra la arena de la playa, lo sumergieron un poco en la orilla, Enrico pisó allí donde imaginó la cola. El gato salió del saco dando tumbos, algo ensangrentado, respirando apenas. No volvieron a verlo.

No era habitual que llegaran extranjeros a Sapri entonces, pero los pocos que aparecían se convertían en una de las obsesiones de Francesco y Enrico: los seguían a todas partes, al mercado, a las tabernas, a sus hostales. Era una de sus principales ocupaciones durante el verano, junto con las ranas, las abejas, los gatos, no podían perderse el espectáculo de los extranjeros. De hecho, todo el mundo era consciente del movimiento que producían en cuanto aparecían: encarcelaban a vecinos, provocaban palizas en callejones, desaparecían jóvenes... Francesco y Enrico querían ser los primeros en saber, querían entender por qué, cómo.

A principios del otoño anterior, por ejemplo, llegaron a Sapri dos hombres desconocidos, de una estatura fuera de lo normal, parecidos entre sí, gemelos probablemente. Fue entonces cuando desapareció Antonio Cilea, veintitrés años, carbonero, hijo de carboneros. En febrero aparecieron otros tres o cuatro extranjeros a mediodía, y antes del anochecer se tuvo noticia de más de siete peleas no muy lejos del puerto. Detuvieron a cinco personas, entre ellas a Maria Cilea, hermana de Antonio. Decían que habían llevado a uno de los detenidos a Amal-

fi y que a partir de abril lo tenían encerrado en una cárcel de Nápoles.

Fue a finales de julio cuando uno de los primos de Francesco lo puso sobre aviso: había aparecido un extranjero el día anterior, pasaba la noche en el hostel de Gennaro. Enrico y él se reunieron allí a primera hora de la mañana, decidieron sentarse frente al hostel, esperar a que saliese.

Al principio no apartaron la vista de la puerta de la casa, no podían despistarse, perder al extranjero, la diversión más importante del verano. Pero durante cerca de una hora no captaron ni la más mínima señal... Encontraron unas piedrecitas cerca entonces, inventaron un juego contra el aburrimiento; cada vez miraron menos al hostel.

Se abrió por fin la puerta, tiraron las piedras, se pusieron en cucullas incluso. Falsa alarma: salió Vincenzo, uno de los hijos de Gennaro, algo mayor que ellos, mucho pelo, rabioso siempre.

Dudaron entonces, el extranjero podía haber salido antes de que ellos llegaran, quizá no estuviera ya en el pueblo. Cabía otra posibilidad: ¿era exacta la información del primo de Francesco? ¿Se había equivocado de hostel? Discutieron, no tenían claro si merecía la pena seguir perdiendo el tiempo. Decidieron aguantar un poco más.

El extranjero necesitó aún cerca de media hora más, pero salió por fin. Les pareció un hombre excesivamente alimentado, *cebado* diría Tullio. Fue la ropa, sin embargo, lo que más llamó la atención de Enrico, los colores: azul pálido en la chaqueta, bandas doradas en la parte superior. Nadie vestía así en Sapri, Enrico jamás había visto semejantes colores en la ropa de nadie. A pesar de su tamaño y peso, el hombre caminaba más ligero de lo que esperaban.

Francesco y Enrico se prepararon para seguirlo, pero ni siquiera llegaron a dar dos pasos: el hombre entró en la primera taberna de esa misma calle, a unos cinco metros del hostel. Pasó mucho tiempo dentro, lo imaginaron desayunando, o bebiendo antes de empezar a trabajar, como los herreros.

Salió por fin, y fue entonces cuando comenzó el verdadero movimiento. El extranjero se aventuró entre calles, aunque la mayor parte del tiempo parecía estar perdido. Sacó después un papel del bolsillo de la chaqueta, lo examinó, miró las calles, las casas, las puertas, iba y venía. A partir de cierto momento pareció ubicarse y emprendió la marcha con más seguridad, entre callejuelas, con paso decidido, arrogante incluso. Enrico y Francesco lo seguían casi corriendo, no podían perderlo.

Había veces en las que el extranjero señalaba los edificios con la punta del bastón y parecía contarlos, como si fuese la única manera de encontrar una vivienda. Desde su posición, veían al hombre de perfil y comprobaron que el sudor le marcaba las sienes, que incluso le caía sobre los hombros y el pecho. Enrico estaba convencido de que se había abrigado demasiado para la época del año.

El hombre se detuvo ante una puerta, volvió a mirar el papel, la casa. Guardó sus anotaciones en el bolsillo, golpeó la puerta con el bastón y se retiró. No abrieron, tuvo que llamar de nuevo. Golpeó durante menos tiempo pero con mayor intensidad.

Apareció una mujer. El hombre inició una serie de explicaciones mientras movía el bastón y la mano libre, con algo de indignación, arriba, abajo, derecha... Enrico y Francesco no escucharon ni una sola palabra, desde tan lejos. La mujer miraba atentamente al hombre, afirmaba con la cabeza, amedrentada, siempre con la boca entreabierta, la mirada baja. Dejó que el hombre entrara en la casa, cerró la puerta.

Pasó tiempo antes de que volviera a abrirse. Cuando por fin dejó la casa, el hombre parecía limpiar o secarse las comisuras de la boca con un pañuelo blanquísimo, y ni siquiera miró hacia atrás para despedirse de la mujer. La puerta se cerró extremadamente despacio.

El procedimiento fue similar en la siguiente vivienda: bastón en alto, golpes en la puerta, un chico joven esta vez, parecidos movimientos del extranjero, manos, bastón, derecha, iz-

quierda, Francesco imaginó similares explicaciones. En la casa tuvieron que volver a dejar entrar al hombre.

Fue la quinta casa la que alteró al extranjero. Necesitó, por un lado, más tiempo del habitual para encontrar el edificio. Una vez allí, abrió la puerta una mujer grande, fuerte. El hombre activó las mismas explicaciones que en casas anteriores, pero ella le contestó de una manera seca, altiva, mirándolo de arriba abajo, algo nuevo para él. Los niños sabían quién era, la señora De Fusco, conocida de Enrico, su madre le cosía la ropa. El extranjero intentó otras explicaciones, otros gritos, mucho movimiento de bastón, brusco, más sudor en las sienes. La mujer le contestó con tranquilidad, de manera breve, inflexible, soberbia incluso diría Francesco, desde la distancia. Cerró la puerta sin más explicaciones.

El hombre tuvo que sentarse en un pretil. Parecía exhausto, sudor en la frente, en el labio superior, alrededor del cuello. Sacó dos o tres veces el papel del bolsillo, lo miró brevemente, lo volvió a guardar. A Francesco le dio la impresión de que el papel comenzaba a ablandarse en el sudor de sus manos. El hombre se quitó la chaqueta en un momento dado, pero no supo dónde dejarla, el pretil le parecería sucio, y la sostuvo entre las manos sin saber qué hacer, para volvérsela a poner segundos después. Se levantó de allí de inmediato, continuó su marcha. Parecía que el bastón le molestaba a cada paso ahora.

El extranjero pasó la mañana de casa en casa. No variaba en exceso su método, la mayoría de la gente le dejaba entrar sin mayor problema. Solamente se lo impidieron una vez más: un hombre mayor, seco, de labios rígidos. Cerró la puerta con fuerza, dejando al hombre fuera. El golpe asustó incluso a Enrico. Lejos de alterarse ahora, el extranjero se indignó, como si pensara «no sabe con quién está tratando». Es la interpretación que dio Francesco a su entrecejo, a su barbilla de pronto afilada. Visitó unas doce casas en total hasta mediodía.

Se retiró entonces al hostel. Enrico y Francesco comprendieron que tardaría en volver a salir, era la hora del almuerzo,

de la siesta. Decidieron marcharse a comer, no harían ahora gran cosa allí.

Volvieron a reunirse a primera hora de la tarde, pero empezaron a discutir nada más saludarse. Enrico dudaba de si merecía la pena, decía que este extranjero no tenía nada de especial, que habían perdido toda la mañana. Todo había sido muy diferente con los anteriores, el movimiento empezaba nada más llegar: arrestos, peleas, jaleos. Una mañana entera y no tenían nada aún, nada más que alguna visita, papeleo; todo muy normal, muy aburrido.

Enrico insistía en ir al puerto, a bañarse con los demás, con Tullio, con Corvo, aprovecharían el día allí. Francesco no opinaba igual: el agua siempre estaría en el pueblo, el extranjero no. Se marcharía al día siguiente, dentro de dos días, tres; debían aprovechar ahora. No pudo convencer a Enrico, tuvo que ceder, no quería quedarse solo.

Encontraron a los demás en las peñas, a Tullio, a Corvo, a Seppe, también a aquella niña a la que llamaban Tarata, a la que cojeaba un poco de la pierna izquierda. Se bañaron donde siempre, desnudos, también Tarata, un poco alejada. Pasaron horas en el agua, entraban y salían, sintieron brasas en los ojos. Salieron definitivamente cuando las nubes empezaron a compactarse. Se secaron encima de las piedras, desnudos aún.

No aguantaron quietos más de dos minutos, se medio vistieron, empezaron a recoger piedras. Lanzaron varias al agua, sin pensar demasiado, sin objetivo concreto; no se ponían de acuerdo sobre quién llegaba más lejos. Alguien descubrió los pájaros entonces, pero era difícil, casi imposible, eran incapaces de golpear a ninguno a distancia. Así y todo, cuando menos lo esperaban, Tullio lo consiguió: un pájaro pequeño, entre las peñas. Sus movimientos después del golpe se volvieron mínimos, absurdos.

Se acercaron, vieron sangre en su cabeza, tenía una de las alas en una posición extraña y cuando conseguía moverse, cojeaba con dolor, igual que Tarata. No supieron qué hacer, has-

ta que Tullio lo cogió y lo lanzó al mar con todas sus fuerzas, lejos, de manera que nadie pudiera ver cómo lo hacían desaparecer las olas. Parte de la sangre del pájaro quedó en una de sus uñas.

Las nubes aceleraron la oscuridad, hacía tiempo que el día no cedía tan temprano. Enrico debía estar en casa antes de que anoheciera, era una de las obsesiones de su madre. Lo acompañó Francesco, como casi siempre. Los demás no se movieron del puerto.

Pensaron en hacer una parada en el pozo de camino a casa, necesitaban beber, seguían sintiendo el salitre en la garganta. Nadie hablaba aún sobre ningún cerdo, sobre animales enfermos dentro del pozo. El agua no estaba perdida todavía, las tripas de la gente podridas.

La plaza les pareció más oscura que nunca, la luna apenas agujereaba las nubes, y era posible que el pozo fuera el punto más negro incluso. No había nadie alrededor, pero nada más pisar la plaza, vieron cómo se abría una puerta, una ligera claridad. Francesco no se lo podía creer: era su extranjero quien salía de aquella casa en ese mismo momento.

Agarró a Enrico por el brazo, le señaló al hombre que acababa de salir. Debían seguirlo, ahora sí. Por qué seguía visitando casas, tan tarde.

Enrico se negó, debía estar en casa hacía tiempo. Se soltó de la presión del brazo de Francesco y entró entre calles, ni siquiera se paró en el pozo a beber. Francesco decidió quedarse, seguir solo al extranjero.

Vio cómo anduvo el hombre unos cuantos pasos, siempre en dirección al pozo, altivo, con la misma actitud de la mañana. Pronto, en cambio, comenzó a disminuir la velocidad, incluso se detuvo completamente en un momento dado. Dejó caer el bastón, se le cayó quizá, y dobló el cuerpo hacia delante, en dirección al suelo. Francesco no comprendía.

El hombre se arrodilló entonces, aunque daba la sensación de que le era imposible soportar esa postura, con lo que pron-

to cayó de lado hasta quedar tumbado en el suelo. Acercaba las piernas al torso una y otra vez. Francesco creyó oír varios quejidos.

Volvió a abrirse la misma puerta que el extranjero acababa de cerrar. Salieron de allí dos de los hermanos de la familia. Miraron a todos los lados y se acercaron al hombre. Uno de ellos lo agarró por las piernas y el otro por debajo de los brazos. Francesco pensó que volverían a meterlo dentro.

Lejos de retroceder, los hermanos avanzaron hacia el pozo. Francesco escuchaba los gemidos del extranjero, incluso desde tan lejos, alguna súplica. Parecía que los hermanos sabían perfectamente qué debían hacer; el extranjero lo sospechaba.

Llegaron al pozo y pusieron la cabeza del hombre en la parte superior del brocal, como si lo tuvieran acordado. El segundo hermano alzó sus piernas y el cuerpo desapareció por completo. Francesco oyó un ruido ahogado.

Los hermanos permanecieron varios segundos al lado del pozo, pero ninguno de los dos miró hacia abajo. El más alto susurró algo al oído del otro. El segundo dio media vuelta y entró en la casa, despacio, sin abrir la puerta completamente. Volvió a salir poco después con una especie de lumbré en una de las manos. Francesco se dio cuenta enseguida de que no se trataba de una luz habitual, cotidiana, una vela, un candil, entendió que eran papeles, que el hermano los había prendido dentro de la casa, que estaban quemándose por uno de sus extremos. El segundo hermano se acercó al pozo y los dejó caer dentro.

Los hermanos se retiraron deprisa, ahora sí, su hermana menor los esperaba en la puerta. Francesco la conocía bien a pesar de ser tres años mayor que él. Cerraron la puerta con el mayor cuidado posible.

Francesco quedó solo en la calle, miraba directamente al pozo. Se intuía una especie de claridad dentro, pero no duró demasiado. Debía pasar cerca del pozo para llegar a casa y lo hizo lentamente... La distancia hasta allí se le hizo eterna: prefería no llegar, aunque tampoco quería alejarse.

Vio entonces un ligero hilo de humo surgiendo de la boca del pozo, recto, delicado, parecido a un alma. Imaginó muerto al extranjero allí dentro, sangre, magulladuras. O quizá libre de sangre, simplemente ahogado, agua en los ojos. Escuchó algo similar a un lamento, muy apagado. Echó a correr.

Llegó jadeando a casa, inquietó a su madre, le preguntó qué tenía, no recibió ninguna respuesta sensata. Apenas cenó, durmió a saltos.

Fue entonces cuando empezaron a decir que habían tirado un cerdo al pozo, un cerdo enfermo, que había muerto de una enfermedad extraña, grave, por eso lo habían tirado allí. Pidieron que nadie bebiera de esa agua, que estaba echada a perder, que todo el que había bebido de allí llevaba días con la tripa podrida, Ruggiero Leone, por ejemplo, Cesare Merola o, sin ir más lejos, la pequeña Helen, la quinta hija del escocés.

El quinto

Ahora buscamos el taller. Tampoco Sapri es tan grande, no nos costará tanto. Dicen que es allí donde se esconde Giovanni Vico ahora, *el diablo* Vico, o que alguien lo ha visto allí, o que es el único sitio donde podrán decirnos algo sobre él...

A decir verdad, el habla de esta gente nos es demasiado ajena, jamás alcanzamos a comprender todo lo que dicen, siempre hay algo oscuro en sus palabras, algo confuso. Pero no dejan de mencionar ese taller, el taller de Biaggio Pasquale. Dicen que es allí donde debemos buscar a Giovanni Vico, *el diablo*. Y no dudamos, dicen la verdad; saben perfectamente quién soy yo y qué les esperaría si mintieran.

Llegamos hace tres días, también entonces pregunté. Aprestar a Giovanni Vico, mi única obligación, a eso vine. Pero en aquel momento, hace tres días, todos a los que preguntamos coincidieron en que Vico no se encontraba en Sapri, había marchado al sur, no sabían exactamente a dónde. Algunos trataron de engañarnos; es evidente que se arrepintieron.

Con todo, la mayoría dio una versión similar: Vico no estaba en Sapri, había viajado hacia el sur, pero no tardaría en regresar. En esto último coincidían todos, Vico siempre volvía. Nos recomendaron esperarlo en el camino de Acquafredda, algo antes de Sapri.

Y allí nos dirigimos, se cumplen tres días hoy. No ha llovido, gracias al Cielo.

Elegimos un recodo del camino, lo protegían árboles a un lado y una ladera al otro. No era un lugar muy concurrido,

pero tampoco estaba desierto; tuvimos que tratar con más gente de la que esperábamos, incluso por la noche.

Traje tres hombres, asnos los tres, simples, soldados de los que no dan demasiadas preocupaciones, dóciles, duros. Hicimos turnos para vigilar el camino, también por la noche.

Al principio lo hicimos mal, deteníamos a todo el que pasaba, los identificábamos, les hacíamos preguntas. De hecho, no sabíamos cómo era Vico, *el diablo* Vico, no mucho más de lo que nos habían contado en Sapri con sus medias palabras, sus muecas. Sabíamos que era joven, alto, delgado seguramente, que vestía una capa larga, más larga de lo habitual.

A partir de cierto momento fuimos conscientes de lo que no debíamos hacer: resultaba absurdo detener a mujeres, niños, ancianos... Nos centramos en la gente joven, incluso en los más bajos y entrados en carnes, por si acaso. A todos les preguntábamos por Vico, pero pocos contestaban. Algunos no me reconocieron, intentaron mentiras absurdas. Creo que rompimos algún brazo.

Las horas pasaban despacio: esperar y comer, no hacíamos mucho más. Las provisiones se agotaron antes de lo esperado, y envié a dos hombres al pueblo a por comida. Dudé entonces, solamente quedamos dos en el puesto de control... Si Vico se dignaba a aparecer, ¿seríamos capaces de detenerlo? ¿Son suficientes dos hombres para detener a Giovanni Vico? *Diablo* lo llaman, alguna razón habrá.

Los hombres tardaron en volver, pasé las horas rezando. Vico no podía aparecer en aquel momento, para entonces estaba convencido de que dos hombres no eran suficientes contra él.

Mis subordinados volvieron horas después. Percibí cierto olor a alcohol en ambos, recibieron diez latigazos de rama joven cada uno.

Trajeron víveres para tres o cuatro días, en ese aspecto no tenía por qué preocuparme, cumplieron. Si Vico nos obligaba a pasar más de cuatro días allí, se haría evidente que habíamos errado la estrategia. Debía aparecer pronto, tanta gente no había podido mentirnos; muchos temblaban al hablar.

Pero nos mortificaban las horas de inactividad, creo que ya lo he dicho antes, pasábamos mucho tiempo sin ver a nadie. No estamos acostumbrados, venimos de otro ritmo, el movimiento es diferente en las ciudades. Veía nerviosos a los hombres, trataba de disimular. Al anoecer, por ejemplo, el camino se silenciaba completamente a partir de cierta hora, pero nosotros sabíamos que debíamos seguir vigilando, más atentos que nunca posiblemente.

Fue durante una de esas horas de aburrimiento cuando empezaron las apuestas. Eran capaces de apostar por todo: piedras, árboles, ramas, pájaros... Jugaban monedas, estaban acostumbrados, estaba seguro de que no era la primera vez. Las apuestas están prohibidas entre nosotros, pero hice la vista gorda, he de reconocerlo, también en eso... Pero poco importa ya, ahora.

Y «el dinero afina el violín» decía uno de mis tíos. Dos de los hombres se volvieron locos por una apuesta: no eran capaces de decidir quién ganaba, quién se llevaba las tres monedas. Comenzaron a gritar, a insultarse, uno de ellos empujó al otro hasta dejarlo tumbado en el suelo.

No dije nada, qué podía decir, eran ellos quienes debían arreglarlo, no eran niños ya. De hecho, me alejé de allí, los dejé gritando; necesitaba evacuar, busqué un lugar apartado.

Esperaba encontrarlos más calmados al volver, pero todo lo contrario: continuaban peleando, uno agarraba al otro por el cuello, lo sujetaba contra un árbol para dejarlo caer después. Yo estaba lejos aún y, mucho antes de llegar a su altura, uno de ellos sacó una navaja. Empecé a correr, conocía ya un poco a aquellos hombres, sentí que debía detenerlo.

Pero fue más rápido que yo, movió la navaja con habilidad, reventó la piel de la mano de su compañero. El herido se llevó inmediatamente la mano a la axila, el dolor lo hizo arrodillarse, gemía. Vi teñido de rojo el costado de su chaqueta. El otro se retiró un poco, se sentó al pie de un árbol y limpió el filo de la navaja con las plantas de alrededor.

Me acerqué al hombre arrodillado, le pedí que me enseñase la herida. Parecía que no iba a obedecerme, que no podía sacar la mano de allí, como si estuviese encolada. Vi que le goteaba saliva por una de las comisuras de los labios; creo que comprendí su dolor.

Poco después empezó a mover el brazo, despacio al principio, con claros gestos de dolor. Cuando por fin nos dejó ver su mano, sentí que se me revolvía el estómago: su pulgar pendía de una fina tira de piel. Parecía que si no lo aguantaba con la otra mano, se soltaría y caería al suelo por su propio peso. Aparté la mirada al instante. También él se asustó; volvió a guardar la mano debajo del brazo contrario.

Pronto vimos cómo goteaba sangre de su chaqueta, alguien debía coser el dedo, lo antes posible. Ordené al tercer hombre que acompañase al herido al pueblo, a Sapri, en busca de un médico.

Nada más despedirme de los hombres me di cuenta de que volvíamos a ser sólo dos en el camino, dos contra Giovanni Vico. Se repetía la situación: si el *diablo* aparecía entonces, poco podríamos hacer. Aun así, me pareció evidente que no había otro remedio, cómo iba a enviar al herido solo al pueblo, podía desmayarse por el camino, perder el conocimiento, desangrarse incluso.

Pasé angustiado las siguientes horas, no llegaba a todo. Durante la mañana atravesó el control más gente que en días anteriores, no podíamos atender a todos como deberíamos. Giovanni Vico podía cruzar por delante de nuestras narices y no darnos cuenta.

Yo me movía nervioso, pero intuía que la sensación del hombre que se había quedado conmigo debía de ser peor: sabía que había hecho algo indebido, un delito probablemente, sabía qué significaba herir a un compañero de armas. Pensaría una y otra vez en su castigo.

A decir verdad, era yo quien debía castigarlo, pero no sabía cómo. Si le decía algo, si lo amenazaba, con la cárcel, con lati-

gazos, podía alzarse contra mí, podía golpearme, matarme incluso, me dobla la estatura. En el mejor de los casos, podía desaparecer, dejándome solo en el punto de control. Y no quería correr ese riesgo... No hablamos del tema, decidí dejarlo para más adelante.

Los otros volvieron tres horas después, pude respirar algo más aliviado. Se acercaron despacio, el herido tres o cuatro metros detrás. El estado de la chaqueta era similar, totalmente ensangrentada, pero traía la mano envuelta. Las vendas, con todo, no daban buena impresión, parecían viejas y sucias. Contaron que fue el ayudante del médico quien le había cosido el dedo. No pregunté nada más, prefería no saber. Los puse rápidamente a trabajar, habíamos perdido ya demasiado tiempo.

Aconsejé que aquella noche el herido no hiciese ninguna guardia, me pareció que necesitaba descansar. Con todo, no debió de dormir apenas, escuchábamos pequeños ruidos, quejidos, la respiración entrecortada, no dejaba de moverse. Se levantó totalmente pálido a la mañana siguiente, temblando, confesó que el dolor era mucho más intenso que el día anterior.

Le ayudamos a retirar las vendas. El dedo tenía mal aspecto, la herida parecía infectada, por el color, la forma, la hinchazón.

Le ordené que recogiera sus cosas, lo mandé a Sapri, encontraría el modo de llegar a Nápoles. Allí sabrían qué hacer con aquella mano, quizá debía amputarse. Le di algo de dinero extra. A partir de entonces fuimos tres en el control.

Tuvimos que pasar casi un día más allí, quince horas prácticamente, hasta que por fin apareció Vico, *el diablo*. Lo reconocimos sin mayor problema: un hombre ciertamente más alto de lo habitual, con aquella peculiar capa... Pero diría que fue él quien nos vio antes que nosotros a él. Le habrían avisado seguramente, en Acquafredda, en algún hostel, sabía que lo esperábamos por aquella zona, poco antes de llegar a Sapri.

En cuanto nos tuvo localizados, se movió con habilidad, desapareció entre los árboles, inició un rápido ascenso por la ladera. Salimos tras él, por supuesto, monte arriba, entre zar-

zas, pero enseguida nos dimos cuenta de que era inútil, no encontramos ningún camino practicable, nos trabábamos a cada paso, era cuestión de tiempo que nos perdiéramos entre la maleza. Vico llegaría a Sapri sin ninguna clase de presión mientras nosotros perdíamos el tiempo allí. Decidimos volver al puesto de control, recogimos el campamento y volvimos al pueblo por el camino habitual.

Por eso hemos vuelto al punto de partida, a Sapri, por eso volvemos a preguntar dónde podemos encontrar a Giovanni Vico ahora. Tal y como he dicho antes, mientras comíamos, todos señalan el taller de Biaggio Pasquale. La noticia del dedo, de la sangre, ha debido de empezar a conocerse aquí; a saber qué historias habrán inventado, quién sabe qué pensarán de nosotros, qué clase de monstruos seremos para ellos. El hecho es que parecen asustados, que nos miran con respeto y que todos señalan el taller de Biaggio Pasquale.

He querido informarme sobre ese tal Pasquale, he preguntado por él. Me dicen que es calderero, que compra el material en Trecchina, o en los alrededores de Trecchina, tampoco lo he entendido muy bien. Viaja de un pueblo a otro, compra, vende, me ha parecido entender que, según opina la mayoría, su taller no es el lugar más saludable de la zona. Lo comparan con una especie de infierno, explican que los trabajadores no resisten demasiado tiempo dentro, que necesitan continuos descansos, salvo Salvatore, el ayudante de Pasquale. Dicen que los hijos del dueño trabajan allí desde niños.

Creo recordar que ya he dicho que nos resulta complicado comprender la manera de hablar de esta gente. Hay ciertas expresiones que nos parecen totalmente deformes y no nos queda más remedio que imaginar significados. Cuando hablan de Biaggio Pasquale, por ejemplo, hay una palabra que creemos escuchar constantemente pero que no sabemos si tiene el mismo significado que le damos nosotros: *el sexto* (o *sexto*, a secas). No sabemos si se trata del apodo del calderero o si se están refiriendo a otra cosa.

No podemos conformarnos con la duda y continuamos preguntando, por supuesto, por qué *el sexto*, que quieren decir. Pero únicamente repiten lo dicho por todos los anteriores, que Biaggio Pasquale *quemó* al *sexto* en el *horno*. Parece que para ellos es suficiente, que sienten que no deben ir más allá, que todo el mundo entiende de qué están hablando. Nosotros somos incapaces de inferir nada de la explicación, aunque tampoco podemos dejar muy en evidencia nuestra ignorancia, no queremos que crean que están por encima de nosotros.

Hemos necesitado más tiempo del que habíamos supuesto para encontrar el taller. Está en una de las calles exteriores, se accede a él a través de una puerta maciza, ante nosotros ahora. He ordenado a los dos hombres que estén preparados detrás de mí. Llamo. No abren. Llamo dos veces más. Dudo: es posible que hayan vaciado el taller, que alguien les haya avisado. Pasquale debe saber que sabemos.

Se abre la puerta por fin, aparece un hombre, bajo, fibroso. El taller despidе una bocanada de aire caliente. Recuerda al vapor del agua hirviendo, más asfixiante quizá. Doy un paso atrás.

—¿Biaggio Pasquale?

Mueve la cabeza una sola vez, afirma. Da la impresión de ser una persona a la que se le debe cierto respeto, alguien con prestigio en Sapri, a pesar de no ser excesivamente corpulento, más bajo que yo posiblemente, estrecho. No me atrevería a darle un solo latigazo, no podría ordenar a nadie que lo cogiese del cuello, que le rompiese un brazo. Me agobia la sensación de intuir que está por encima de mí, aunque no soy capaz de comprender muy bien por qué, con mi posición, mi puesto. No obedezco a mi miedo a pesar de todo, es a lo que he venido a Sapri. Me muestro como la persona influyente que debería ser:

—¿Se encuentra Giovanni Vico en este taller?

El hombre no contesta, me mira de manera más firme aún, gira la cabeza hacia dentro. Grita:

—¡Francesco!

No aparece nadie. Grita más fuerte:

—¡Francesco!

Aparece un joven, un niño todavía quizá. Llega a la altura de Pasquale, se parecen.

—Mira si ha entrado algún hombre al taller... —le dice.

El niño desaparece por una puerta interior, como si lo que acaba de pedirle Pasquale fuese lógico. Yo permanezco en silencio, miro al calderero, pero no me queda más remedio que apartar la vista, también ahí es más fuerte que yo. Siento que las piernas se me reblandecen, cambio de conversación:

—¿Su hijo?

—Así es.

—¿Cuántos tiene?

—Cinco. Francesco el quinto.

Siento entonces un golpe en el pecho, sudor frío. El quinto. Empiezo a entender: la gente, Pasquale, cinco hijos, este Francesco el quinto. Doy otro paso hacia atrás, obligo a mis hombres a retroceder. Pasquale sigue mirándome, pero intuyo en él cierto deje de burla ahora. Vuelve su hijo:

—Nadie.

—Ya lo ha oído —Pasquale a mí.

No sé cómo continuar, pero entiendo que no puedo dejarlo así. Estoy seguro de que la respuesta está aquí, en este taller, no puedo abandonarlo tan fácilmente. Todo lo anterior no puede ser inútil, tantos años, tantos estudios... Debo intentarlo:

—Pero ha estado aquí, Vico...

—Ha estado, claro que ha estado.

—¿Y?

—Lo he quemado.

Dudo, abro la boca pero soy incapaz de pronunciar una sola palabra. Incluso el propio Pasquale ha comprendido que está por encima de mí y cierra la puerta sin dar ninguna explicación. Imagino mis próximos días: es posible que me fusilen.